

ÉLISÉE RECLUS

Historia de un arroyo

seguido de

Historia de una montaña

Traducción del francés de ENRIQUE ALDA

Índice

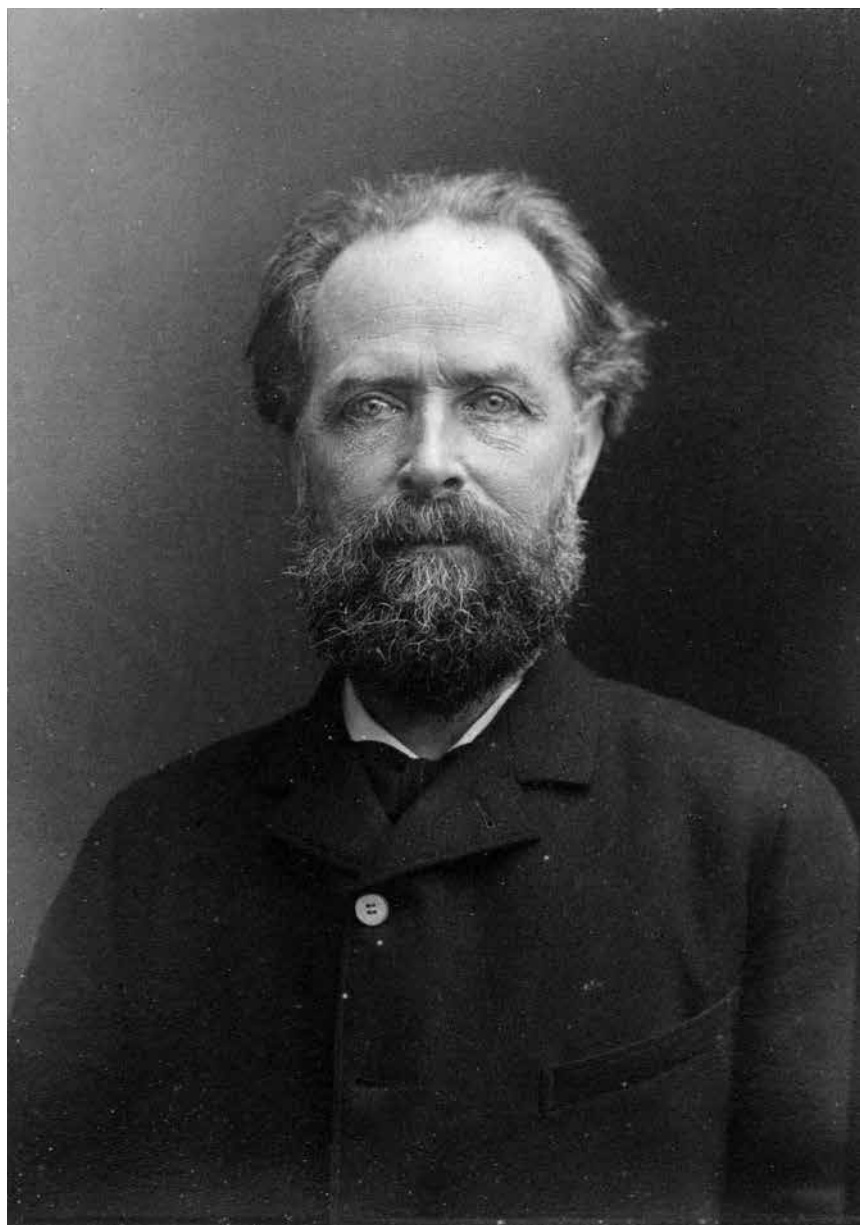
Élisée Reclus. Por Piotr КРОПОТКИН, 7

Historia de un arroyo

1. El manantial, 21
2. El agua del desierto, 31
3. El torrente de la montaña, 43
 4. La gruta, 49
 5. La sima, 56
 6. El barranco, 62
 7. Las fuentes del valle, 69
8. Los rápidos y las cascadas, 77
9. Las sinuosidades y los remolinos, 83
 10. La inundación, 91
 11. Las riberas y los islotes, 99
 12. El paseo, 107
 13. El baño, 115
 14. La pesca, 122
 15. El riego, 130
 16. El molino y la fábrica, 137
 17. La barca y la maderada, 145
 18. El agua en la ciudad, 154
 19. El río, 161
 20. El ciclo del agua, 166

Historia de una montaña

1. El asilo, 173
2. Las cumbres y los valles, 178
3. La roca y el cristal, 185
4. El origen de la montaña, 192
5. Los fósiles, 199
6. La destrucción de las cimas, 204
7. Los desprendimientos, 211
8. Las nubes, 217
9. La niebla y la tormenta, 222
10. Las nieves, 227
11. El alud, 236
12. El glaciar, 243
13. La morrena y el torrente, 249
14. Los bosques y los pastos, 255
15. Los animales de la montaña, 264
16. El escalonamiento de los climas, 270
17. El montañés libre, 278
18. El cretino, 289
19. La adoración de las montañas, 297
20. El Olimpo y los dioses, 306
21. Los genios, 312
22. El ser humano, 316



Élisée Reclus

Por Piotr KROPOTKIN¹

EL PASADO 4 DE julio, en un pequeño pueblo belga, no lejos de Ostende, falleció a los setenta y seis años Élisée Reclus. Los conmovedores artículos que desde entonces se le han dedicado en la prensa internacional dan testimonio de su enorme popularidad como escritor y de la profunda y gran estima de la que gozó el gran geógrafo francés en todos los países civilizados.

Jean Jacques Élisée Reclus nació el 15 de marzo de 1830 en St.-Foy-la-Grande, un pequeño pueblo del departamento de la Gironda, y su familia siempre ha mantenido el vínculo con esta zona del suroeste de Francia. Su padre era un pastor protestante, hombre de gran integridad y notable energía. También lo fue su madre, quien siguió enseñando en una escuela que ella misma fundó hasta una edad muy avanzada y conservó una extraordinaria energía mental hasta sus últimos días. Élisée fue el segundo de una familia de doce hermanos, y todos ellos han dejado huella en la vida. Su hermano mayor, Élie, se convirtió en un reconocido antropólogo. Entre sus hermanos hay un geógrafo, un ingeniero y un cirujano de gran reputación. Una de sus hermanas, la señora Dumesnil,

¹ «Obituario». Publicado en *The Geographical Journal*, Londres, n.º 3, septiembre, 1905. Traducido por Julio Monteverde.

fue su apoyo constante en todo el trabajo que llevó a cabo durante sus últimos veinte años de vida.

Élisée Reclus recibió su primera educación en la Prusia renana. Más tarde, junto con su hermano Élie, ingresó en la facultad protestante de Montauban. La intención de su padre era que ambos se convirtieran en ministros protestantes. Sin embargo, ninguno de los dos hermanos se mostró inclinado a seguir la vocación del padre. En aquella época Karl Ritter atraía a estudiantes de toda Europa con sus maravillosas disquisiciones sobre la Tierra y sus habitantes, y ambos hermanos, tras dejar Montauban en 1849, se dirigieron a Berlín, haciendo la mayor parte del viaje a pie y alimentándose con poco más que pan y fruta. Las conferencias de Ritter, al igual que las obras de Humboldt, dejaron una profunda huella en la obra posterior de Élisée Reclus. Siempre concibió la Tierra como un ser vivo en continuo cambio, y para él los habitantes de sus diferentes territorios estaban íntimamente conectados con las características físicas de la porción del globo donde se habían desarrollado. La influencia de las formas poéticas con las que Humboldt interpretaba y describía la Naturaleza es evidente en el estilo de Élisée Reclus.

Tras el *coup d'état* de Napoleón III, Élisée y su hermano Élie se vieron obligados a abandonar Francia. Llegaron a Londres en 1852. Más tarde viajarían a Irlanda, y después a América, donde visitaron Estados Unidos, Centroamérica y Colombia. Reclus describió este último viaje en un pequeño libro de escritura cautivadora, *Viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta* (París, 1861).

De regreso a Francia en 1857, Reclus participó de forma activa tanto en el resurgimiento científico como en el movimiento político que caracterizó la segunda mitad del siglo XIX. Estos fueron los años en que, mediante una serie de obras monumentales, se sentaron las bases de la teoría mecánica del calor, la teoría cinética de los gases, la química atomística moderna, la variabilidad de las especies y la biología moderna en general, la antropología, la psicología fisiológica, etc.; mientras que el resurgimiento político que tuvo lugar tras la

guerra de Crimea condujo, como es sabido, a la liberación de Italia y a la abolición de la servidumbre en Rusia y de la esclavitud en Estados Unidos. Reclus contribuyó a estos movimientos. La necesidad de buenas obras de divulgación en todas las ramas de las ciencias naturales se hacía notar por aquella época, y en 1864 publicó (además de una *Introduction au dictionnaire des communes de France*) un librito excelentemente escrito que más tarde consideró su obra favorita: *Historia de un arroyo*, en el que impartió un curso completo de geografía siguiendo un arroyo desde su nacimiento hasta su conversión en un caudaloso río, arteria de relaciones humanas. La esencia del método que Reclus seguiría más adelante con tanto éxito en su *Geografía universal* estaba ya contenida en este libro.

Tres años más tarde, en 1867, apareció el primer volumen de su obra *La Tierra: descripción de fenómenos del globo*, que le granjeó de inmediato un lugar de honor entre los geógrafos. Esta obra, que constituye una introducción necesaria a la *Geografía universal*, es un claro producto del resurgimiento científico de aquellos años y muestra una geografía física muy bien expuesta. La vida de los continentes, su distribución en el globo, sus características arquitectónicas, las leyes que rigen sus contornos, así como la distribución de las mesetas, tierras bajas, deltas y regiones periféricas muy marcadas... todas estas cuestiones del conocimiento comparativo de la Tierra, y sus rasgos correspondientes, se abordan y describen con admirable lucidez en el primer volumen de *La Tierra*. Los océanos y la atmósfera se trataron en un segundo volumen publicado más tarde. Todas las características de la obra geográfica de Reclus aparecen ya en *La Tierra*, donde se presta gran atención a las hipótesis geotectónicas y geológicas necesarias para comprender la Tierra como un planeta vivo; y en la que destaca el tratamiento de las lentas modificaciones de la superficie (quizá sin lograr la concreción de las ilustraciones que encontramos en los *Principios de geología* de Lyell), y la descripción de los aspectos que dicha superficie terrestre ofrece hoy a sus habitantes. En resumen, no hay mejor guía para quien desee

CAPÍTULO I

El manantial

LA HISTORIA DE UN arroyo, incluso la del que nace y se pierde en el musgo, es la historia del infinito.

Esas gotitas centelleantes han atravesado el granito, la caliza y la arcilla; han sido nieve en la montaña fría, moléculas de vapor en las nubes y espuma blanca en la cresta de los torrentes. El sol, en su trayecto diario, las ha hecho resplandecer con los reflejos más esplendorosos; la pálida luz de la luna las ha irisado débilmente; el rayo las ha convertido en hidrógeno y oxígeno, y después, una nueva descarga ha derramado en forma de agua esos elementos primitivos. Todos los agentes de la atmósfera y el espacio, todas las fuerzas cósmicas han actuado de manera conjunta para modificar continuamente el aspecto y la posición de la gotita imperceptible; ella también es un mundo, como los astros enormes que surcan los cielos, y su órbita se expande de ciclo en ciclo con un movimiento incansable.

Sin embargo, carecemos de una mirada lo suficientemente amplia como para abarcar el circuito completo de la gota y nos limitamos a seguirla en sus desvíos y caídas desde que aparece en un manantial hasta que se mezcla con el agua de un río caudaloso o el mar. Débiles como somos, intentamos ajustar la naturaleza a nuestra medida; para nosotros, todos esos fenómenos se reducen a las escasas impresiones que hemos experimentado. ¿Qué es un

arroyo sino el lugar agradable en el que hemos contemplado el discurrir del agua a la sombra de los álamos, en el que hemos visto ondularse la hierba serpentina y estremecerse los juncos de los islotes? La ribera florida en la que nos gustaba tumbarnos al sol y soñar con la libertad, el sendero sinuoso que bordea la corriente y seguíamos poco a poco mientras observábamos el curso del agua, el saliente de la roca en el que el caudal compacto cae en cascada y se deshace en espuma, el manantial burbujeante, eso es lo que, en nuestros recuerdos, es la práctica totalidad del arroyo. El resto se pierde en una neblina difusa.

El manantial, el paraje en el que el hilo de agua escondido hasta entonces se muestra de repente, es el lugar encantador hacia el que nos sentimos irremediabilmente atraídos. Ya parezca dormir en una pradera como una simple charca entre los juncos, burbujee en la arena haciendo malabares con las laminillas de cuarzo o de mica que ascienden, descienden y rebotan en un remolino sin fin, surja modestamente entre dos piedras a la sombra discreta de árboles grandes o brote ruidosamente en la fisura de la roca, ¿cómo no sentirse fascinado con esa agua que acaba de escapar de la oscuridad y refleja la luz con tanta alegría? Cuando disfrutamos de la arrebatadora imagen del manantial, entendemos fácilmente por qué los árabes, los españoles, los montañeses pirenaicos y tantas personas de todas razas y climas han visto en las fuentes «ojos» con los que los seres encerrados en las rocas tenebrosas contemplan el exterior y la vegetación. Liberada de su prisión, la ninfa gozosa observa el cielo azul, los árboles, las briznas de hierba, las cañas que se balancean; refleja la inmensa naturaleza en el claro zafiro de sus aguas y ante esa límpida mirada sentimos que nos invade una misteriosa ternura.

La transparencia del manantial ha sido el símbolo de la pureza moral desde tiempos inmemoriales. En la poesía de todos los pueblos la inocencia se compara con la mirada clara de las fuentes y, para nosotros, el recuerdo de esa imagen, transmitido a través de los siglos, se ha convertido en un atractivo más. Sin duda, esa agua

se ensuciará más adelante, pasará a través de rocas caídas y vegetación putrefacta, diluirá tierras fangosas y se llenará de residuos impuros derramados por animales y personas, pero allí, en su cuenca de piedra o cuna de juncos, es tan pura, tan luminosa, que se diría que es aire condensado: los reflejos cambiantes de la superficie, el repentino borboteo, los círculos concéntricos de las ondas, los contornos indecisos y flotantes de las piedras sumergidas revelan por sí mismos que ese fluido tan claro es agua, como lo es también la de nuestros grandes ríos cenagosos. Al inclinarnos hacia el manantial y ver el reflejo de nuestras caras, fatigadas y a menudo enojadas, en esa onda tan límpida, no hay nadie que no repita instintivamente, incluso sin haberla aprendido, la antigua canción que los guebros enseñaban a sus hijos:

¡Acércate a la flor, pero no la rompas!
Obsérvala y di en voz baja: ¡Ah, quién fuera tan hermoso!
¡No lances piedras a la fuente cristalina!
Obsérvala y piensa quedamente: ¡Ah, quién fuera tan puro!

¡Qué hermosos son esos bustos de náyades con los cabellos coronados de hojas y flores que los artistas helenos grabaron en sus medallas, esas estatuas de ninfas que elevaron bajo las columnatas de los templos! ¡Qué agradables esas imágenes ligeras y vaporosas que Goujon supo fijar por los siglos de los siglos en el mármol de sus fuentes! ¡Qué airoso es también ese manantial que el viejo Ingres captó y casi esculpió con su pincel! Al parecer, nada es más fugitivo, más incierto, que vislumbrar cómo brota el agua bajo los juncos. Nos preguntamos cómo puede atreverse una mano humana a representar con trazos precisos un manantial en el mármol o la tela, pero, escultor o pintor, el artista solo tiene que observar esa agua transparente, le basta con dejarse atravesar por el sentimiento puro que le invade para ver aparecer ante él la imagen más delicada, con los contornos más firmes. Ahí está, bella y desnuda, sonriendo a la vida, fresca como la ola en la que sigue bañando su pie.

Historia de una montaña

CAPÍTULO I

El asilo

ESTABA TRISTE, ABATIDO, CANSADO de la vida. El destino había sido duro conmigo, se había llevado a seres que me eran muy queridos, arruinado mis proyectos y frustrado mis esperanzas. Las personas que consideraba amigos se habían vuelto contra mí al verme asediado por la desgracia; la humanidad, toda ella, con sus conflictos de intereses y sus pasiones desenfrenadas, me parecía espantosa. Quería escapar a toda costa, ya fuera para morir o para recuperar, en soledad, la fuerza y la serenidad espiritual.

Salí de la ciudad bulliciosa sin saber muy bien dónde me conducirían mis pasos y me dirigí hacia las grandes montañas, cuyo perfil se recortaba en los confines del horizonte.

Andaba al azar, siguiendo los atajos, y me detenía por la noche en albergues alejados. Temblaba al oír el sonido de una voz humana o el ruido de pasos, pero, cuando caminaba solo, escuchaba con placer melancólico el canto de los pájaros, el murmullo del río y los miles de rumores que escapaban de los bosques inmensos.

Finalmente, vagando siempre a la ventura por caminos o senderos, llegué a la entrada del primer desfiladero de la montaña. La ancha llanura rayada de surcos se detenía bruscamente al pie de las rocas y de las pendientes sombreadas por castaños. Las altas cimas azules vislumbradas desde lejos habían desaparecido detrás de las cumbres menos elevadas, aunque más cercanas. Al lado, el río,

que más abajo se extendía en una extensa lámina, se plisaba sobre las piedras y fluía escorado y rápido entre las rocas lisas cubiertas de musgo negruzco. Por encima de cada orilla, un cerro, primera estribación de los montes, elevaba sus escarpas y albergaba en lo más alto las ruinas de la grandiosa torre que en tiempos fue la guardiana del valle. Me sentí encerrado entre las dos murallas, había abandonado la región de las grandes ciudades, de los humos y del ruido, y dejado atrás a los enemigos y los falsos amigos.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo experimenté un sentimiento de verdadera alegría. Mi paso se volvió más ligero; mi mirada, más firme. Me detuve para aspirar con placer el aire puro que descendía de la montaña.

En esta región ya no hay grandes caminos cubiertos de guijarros, de polvo o de barro, he abandonado las llanuras bajas y estoy en la montaña todavía sin esclavizar. Un sendero, trazado por los pasos de las cabras y de los pastores, se desvía de un camino más amplio que sigue hasta el fondo del valle y sube oblicuamente por la ladera de las tierras altas. Es la ruta que emprendo para asegurarme de que por fin estaré solo.

Me elevo a cada paso y las personas que caminan por el sendero del fondo se vuelven más pequeñas. Las aldeas y los pueblos están medio ocultos por sus humos y por una niebla gris azulada que reptaba lentamente hacia lo alto y se desgarraba antes de llegar a la linde del bosque.

Por la tarde, después de haber sorteado varias escarpaduras rocosas, pasado numerosos barrancos y franqueado, saltando de piedra en piedra, arroyuelos ruidosos, llegué a la base de un promontorio que dominaba rocas, bosques y prados desde la lejanía. En la cima había una cabaña de la que salía humo y algunas ovejas pastaban en las laderas de alrededor. El sendero amarillento, semejante a una cinta desenrollada en el terciopelo de la hierba, ascendía hacia la cabaña y parecía acabar en ella. Más allá solo veía grandes barrancos pedregosos, desprendimientos, cascadas, nie-

ves y glaciares. Era el último habitáculo del ser humano. Era la casa que durante muchos meses me daría asilo.

Un perro y después un pastor me recibieron amistosamente.

Libre por fin, dejé que mi vida se renovara lentamente según la voluntad de la naturaleza. Unas veces vagaba en medio del caos de piedras desmoronadas de una cresta rocosa, otras caminaba sin rumbo fijo por un bosque de abetos y en ocasiones subía a las cimas más altas para sentarme en la que dominaba el entorno. Muchas veces también me adentraba en un barranco profundo y oscuro en el que me sentía como enterrado en los abismos de la tierra. Poco a poco, gracias al influjo del tiempo y la naturaleza, los lúgubres fantasmas que acosaban mi memoria disminuyeron la presión. Ya no paseaba solamente para huir de mis recuerdos, sino también para dejar que entraran en mí las sensaciones que propiciaba el entorno y para disfrutarlo sin yo saberlo.

Si había experimentado una sensación de alegría desde los primeros pasos que di en la montaña, fue porque me había adentrado en la soledad, y las rocas, los bosques y todo un nuevo mundo se alzaba entre mí y el pasado, pero un buen día comprendí que una nueva pasión se había apoderado de mi alma. Amaba la montaña por ella misma. Amaba su rostro sereno y hermoso todavía iluminado por el sol cuando llegaba la sombra; amaba sus fuertes hombros cargados de hielo con reflejos azulados, sus laderas en las que los prados alternan con los bosques y los desprendimientos; sus poderosas raíces que se extienden a lo lejos como las de un árbol inmenso, separadas por valles con riachuelos, cascadas, lagos y praderas; amaba toda la montaña, hasta el musgo amarillo o verde que crece sobre las rocas, hasta la piedra que brilla en medio de la hierba.

De igual forma, mi compañero el pastor, que casi me había disgustado por ser un representante de la humanidad de la que huía, poco a poco se había vuelto necesario, sentía nacer por él la confianza y la amistad. No me limitaba a agradecerle la comida que me ofrecía y los cuidados que me procuraba, sino que lo estudiaba,

intentaba aprender lo que podía enseñarme. El bagaje de su instrucción era muy ligero, pero, cuando el amor a la naturaleza se adueñó de mí, me enseñó la montaña en la que pastaba su rebaño y en cuya base había nacido. Me indicó los nombres de las plantas, las rocas en las que había cristales y piedras poco comunes, me acompañó por cornisas vertiginosas de simas para señalarme el camino que debía tomar en los pasajes difíciles. Desde lo alto de las cimas me mostraba los valles, trazaba el curso de los torrentes y después, de regreso a la cabaña llena de humo, me contaba la historia de la región y las leyendas locales.

A cambio, yo también le explicaba muchas cosas que él no entendía y que quizá nunca había querido comprender. Pero su mente se iba abriendo poco a poco y se volvía ávida. Disfrutaba hablándole de lo poco que sabía y viendo cómo se le iluminaban los ojos y sonreía. El semblante de ese rostro antaño tosco y rústico revivía. El ser despreocupado que había sido hasta entonces se transformaba en un hombre que reflexionaba sobre sí mismo y lo que lo rodeaba.

Y, al instruir a mi compañero, me instruía yo también, ya que, al intentar explicar al pastor los fenómenos de la naturaleza, yo los entendía mejor y me convertía en mi propio alumno.

De esa forma, alentado por el doble interés que me ofrecían el amor a la naturaleza y la simpatía hacia mi semejante, me esforzaba por conocer la vida presente y la historia pasada de la montaña en la que vivíamos como parásitos en la epidermis de un elefante. Estudiaba esa masa enorme en las rocas de la que estaba hecha, en los accidentes del suelo que, según el punto de vista, la hora y la estación del año, le confieren una variedad tan amplia de aspectos, o atractivos o terribles. La estudiaba en las nieves, los hielos y los fenómenos atmosféricos que experimenta y en las plantas y los animales que pueblan su superficie. Intentaba entender también lo que la montaña había sido para la poesía y la historia de los paí-